

III.

Como el tiempo no pasa sin mudar la faz de las cosas, cuando volvió á su patrio hogar la colegiala, no dejó de hallar en él cambios y mudanzas que la sorprendieron. Su madre tenía «achagues,» y achaques graves, según ella decía, apostándose en contradecirla. Estos achaques no la impedían frecuentar los salones de «su mundo,» ni la obligaban á tachar un solo renglón de su larga lista de compromisos sociales, ni se revelaban, á cierta distancia, en su cara frescachona ni en su apostura garbosa y elegante; pero es indudable que los tenía, y muy hondos; achaques de matrona presumida, bien sufridos y mejor tapados con heróicos esfuerzos de la voluntad y buen acopio de sonrisas y menjurjes.

No fué esto un hallazgo, en todo el rigor de la palabra, para su hija, que ya barruntaba algo de ello por las últimas cartas de la marquesa y la propia observación en las dos visitas que la había hecho en el colegio. Harto más se admiró al conven-

erse de que la inusitada dulzura con que su madre la había tratado en París, y que ella tomó por disfraz de añejas y naturales esquiveces, antes crecía que se agriaba en las intimidades de la vida doméstica; y todavía fué mayor su asombro cuando supo, por testimonios fidedignos, que la modificación genial de la marquesa, en lo referente á este grave punto, databa de la misma fecha que los achaques. ¿Cómo lo que de ordinario sirve para exacerbar los humores y despertar las imper tinencias, y hace inaguantables á las gentes que son desabridas por naturaleza, había producido en aquel *ejemplar* el efecto contrario? No podía averiguarlo Verónica. Lo importante para ella era el hecho, y el hecho bien á la vista estaba.

Otro suceso que fué completa novedad para la colegiala: su hermano tenía achaques también; es decir, nuevos, muchos, demasiados achaques; pero en este infeliz se cumplía rigurosamente la ley común: se le reflejaban claramente en el espíritu los que le desorganizaban y consumían el cuerpo. Era éste raquítico, sarmentoso y descuajaringado. Cada pieza de él estaba mal avenida con la inmediata; las piernas se negaban á sostener el tronco; el tronco forcejeaba por desprenderse de la cabeza, y los brazos andaban de acá para allá sin saber á qué arrimarse, porque en todas partes estorbaban y de todas partes se caían. El espíritu era digna joya de tal estuche: quebradizo, avinagrado y herrumbroso. Daba compasión contemplar aquel sér que parecía un castigo providencial de ciertas injusti-

cias y flaquezas de sus padres. Más que niño enfermizo, era un enano decrepito. Por razón de su miserable naturaleza, nada se le había enseñado; así es que, contando ya más de quince años, no sabía deletrear. Por el contrario, se le había dejado en completa libertad de hacer todo cuanto le diera la gana; pero tan hastiado estaba de ser libre y de campar por sus caprichos, de romper, de manchar, de alborotar y de dar tormento impunemente á cuanto respiraba y se movía en su derredor, que ya solamente se entretenía con las contrariedades y las resistencias, por hallar el placer de vencerlas y de atropellarlas. Y había que presentárselas, ó fingir que se le presentaban, para darle gusto y sacarle por un instante del mortal desfallecimiento en que caía en cuanto le faltaba el aguijón de un apetito que pusiera en actividad el coraje de su desconcertada máquina.

Es verosímil que la contemplación continua de este desconsolador espectáculo tuviera gran parte en los cambios geniales de la marquesa; y, sin embargo, no concordaban tampoco las manifestaciones de ésta con la tristeza y gravedad del motivo, aun sin tener en cuenta los extremos de locura á que la condujo el nacimiento de aquel hijo tan deseado. Cierta que continuaba siendo esclava de sus antojos; pero no con la abnegación incansable de antes. Aquella esclavitud no era ya amoroso entretenimiento, sino carga abrumadora, cruz de enorme peso. Llevábala con paciencia, pero no sin cansancio. ¿Consistía esto en que sus propios ma-

les la hacían más insensible para los ajenos, ó en que, robándole los alientos del espíritu, agostaban el campo de sus ilusiones y vanidades, é imprimían nuevo y más sosegado ritmo á los impulsos de su corazón? Pero, en este caso, ¿por qué no se cumplía la ley con igual rigor en lo tocante á las pompas del mundo? ¿Por qué continuaba pagándose de ellas con el mismo fervor del primer día? Posible era también que el convencimiento que necesariamente tendría de que para la enfermedad de su hijo no había humano remedio, le quitara, con la esperanza de conservarle, las fuerzas para sufrirlo; pero, en este caso, ¿qué pensar de la calidad de aquel extraño sentimiento que se manifestó en la casa, haciendo á todos los moradores de ella siervos pacientísimos de la tiranía del presunto heredero de los títulos de su padre?

Lo cierto era que el enfermo se moría poco á poco; que su madre, aunque lo sabía muy bien, no daba muestras de apurarse por ello, y que ya no era Verónica quien pagaba, como en otros tiempos, todos los vidrios rotos de la casa.

Por lo tocante al marqués, tampoco se preocupaba gran cosa con el estado mísero de aquel su retoño, cuyo nacimiento tantas extravagancias y sandeces le había hecho cometer. Bastante más le quitaban el sueño otros cuidados. Habíase dado con pasión á la política; y mientras arreglaba ciertos comprobantes, de muy mal arreglo, para que le nombraran senador, perseguía, con escasa fortuna, una credencial de diputado cunero. No salía del

salón de Conferencias, ni de la tertulia del ministro de la Gobernación. En casa paraba poco, pero hablaba mucho, y siempre de su pleito; no á la manera llana y familiar de otros tiempos, sino en estilo declamatorio y rimbombante, y tomando pretexto de todo para ensayar papeles de tribuno. Comíale el prurito de la solemnidad y de las grandes frases, y más de una vez le arrastraron sus obsesiones parlamentarias al extremo de replicar á su mujer, en un diálogo prosáico sobre temas de cocina, con un «¡Su Señoría se equivoca!» que, por lo campanudo y resonante, hubieran envidiado los más famosos adalides del Congreso.

No eran de fácil arreglo los susodichos comprobantes para lograr la senaduría, porque las rentas propias, vueltos los manantiales al bajo nivel en que estaban antes de fomentarlos su suegro con el copioso caudal de sus talegas, no llegaban hasta donde la ley quería. Y esta fué otra de las novedades con que se halló la colegiala al volver á su casa. De la cual novedad llegó á enterarse por los comentarios de su padre á cada batacazo del expediente, que no salía de un atolladero sino para caer en otro más hondo. Si esta merma procedía de los banquetes y otras parecidas *travesuras* con que el marqués trataba de hacerse visible, y hasta *ministrable*, entre los hombres políticos de mayor talla, ó de las enormes sumas que le costaba á la marquesa sostener el esplendor de su jerarquía á la altura en que le había colocado de recién casada, ó de lo uno y de lo otro, que era lo más segu-

ro, no cayó la hija en la tentación de averiguarlo. Bastábale saber que el lujo y la abundancia rodaban por aquellos suelos lo mismo que antes, y que su abuelo, hecho una ruína ya, aunque de mala gana y refunfuñando, acudía siempre á las llamadas de la hija en sus continuos apuros.

¿Ni cómo pararse ella en reflexiones de mayor substancia? ¡Ella, que siempre había sido allí la *puerca cenicienta*! ¡Ella, que llegaba del colegio con la cabeza llena de fantasías tentadoras y el pecho atestado de mortificantes deseos, y en todo cuanto la rodeaba veía recursos para satisfacerlos, alas con que mecerse en los soñados espacios, llaves de hechizo con que abrir las doradas puertas que guardaban los descifrados enigmas de su curiosidad insaciable!

Ocupaba un hermoso gabinete que se le había dispuesto exprofeso. Era como la leyenda, en colores y substancias, de su fresca juventud, con los obligados atributos de inocencias, candores y misterios pudorosos. El arte y el cariño parecían haber trabajado con empeño en aquel nido fantástico. Tan elocuente y expresivo estaba todo allí, que casi se ruborizaba de sí propia la jovenzuela al desnudarse para meterse en el cándido y esponjado lecho. ¡Lo que influye en los juicios y sentimientos humanos el relumbrón del aparato escénico!...

Su madre no se hartaba de palparla, unas veces vestida, otras medio desnuda; de medirla con ávidos ojos, de verla andar y, aunque seca de pala-

bra siempre, de prodigar, á su manera, elogios á su precoz desarrollo físico y moral, á la redondez de su cuello, á la tersura de su garganta, á la expresión maliciosa de sus ojos, á la frescura de su boca, á la esbeltez de su talle y á todas y á cada una de sus prendas esculturales. Era mucho más exigente con la modista para sus vestidos que para los propios, y la frase que más la halagaba en boca de sus amigos, era la que envolvía un pipopo para su hija. Llevábala á muchas partes consigo, y se afanaba y desvivía para hacer cuanto antes, con la debida solemnidad, su presentación en «el mundo.»

El marqués no estaba menos admirado que su hija de esta transformación de sentimientos de su mujer. ¿En qué consistía? ¿Por qué, á medida que iba resignándose sin esfuerzo á quedarse sin el hijo, antes preferido, se aficionaba tanto á la hija, despreciada y aborrecida ayer?

«Dios me lo perdone—dicen en este pasaje los *Apuntes*,—si en el supuesto me engaño, porque bien pudiera ser causa de mi juicio el recuerdo de lo pasado; de aquel desdén que rayaba en antipatía, con que empapó mi corazón, en una edad en que arraigan las impresiones para el resto de la vida; pero yo no ví nunca en las nuevas atenciones de mi madre uno solo de esos reflejos que llegan al alma y hacen latir *al unísono* dos corazones. Si me amaba, no sabía expresarlo, ó yo era incapaz de sentirlo. Esta es la verdad. Y si sus actos no eran determinados por el amor, había que supo-

nerlos hijos de otro sentimiento bien distinto. Autoriza á creerlo así el hecho de que todos los consejos que entonces me dió se dirigían á hacerme mujer elegante y distinguida; ni uno solo á hacerme honrada. Á pesar de ello, no considero esta falta gravísima como signo de perversidad del alma. Esta falta y otras como ella, son, en determinadas gentes, obra de ciertas deficiencias, á veces constitutivas, á veces impuestas por la educación; falsas ideas que se adquieren de las cosas, por el modo erróneo de considerarlas. El corazón, al cabo, es una máquina que tiene en la cabeza el tornillo regulador de sus impulsos.»

Como su abuelo salía ya poco de casa, cuando no podía ir á a de sus hijos, iba la nieta á visitarle. ¡Cuánto la agradecía estas visitas el pobre viejo!

—Es triste—la decía,—vivir solo á esta edad y lleno de achaques. Todo el año es invierno para uno; todos los celajes oscuros; todas las esperanzas negras, ¡muy negras! Tú, que asomas ahora, hija mía, por las puertas de la vida, y porque, comparándolo con lo poco que llevas andado, se te figura que es interminable el camino que te falta por andar, no te dejes seducir de esta ilusión. Porque es una ilusión, nada más que una ilusión: créeme á mí. La vida es breve, muy breve; y si se comienza andando muy de prisa, se va por la posta. Cuando quieras fijarte en ello, tendrás la cabeza blanca y la cara llena de arrugas; y de allí ya no se retrocede ni con la fuerza de la desespera-

ción: al contrario, cuanto mayor sea el empeño, más irresistible es el empuje del tiempo, que no para jamás. Para que las canas y las arrugas no te sorprendan ni te espanten, no hay más que un remedio: andar con pies de plomo en la juventud, y acopiar algo de lo que fructifica durante ella, para que nos anime y conforte en las tristezas y soledades de la vejez. De todos estos acopios, ninguno tan importante ni eficaz como el de una conciencia tranquila. ¡Si tú supieras el valor que tiene este consejo por ser mío!... Dígotelo todas estas cosas siempre que te veo, y aunque sé que te aburren, porque no hay en tu casa quien te las diga. Tu padre... ¡valiente padre está el tuyo! Tu madre... no quiero decirte ahora lo que pienso de tu madre. Por de pronto, Dios ha castigado sus injusticias contigo, haciendo aborrecible cruz para ella lo que con tan locos extremos puso sobre su cabeza y aun por encima de todas las leyes divinas y humanas... Por supuesto, que ese hijo se le muere, y se le muere muy pronto, y ella lo sabe y se queda tan fresca. ¿Puedes tú explicar este contrasentido? Yo podría si quisiera; pero no quiero, porque, al fin y al cabo, no estoy tan limpio como debiera estarlo, de la culpa de los estúpidos extremos de tus padres al nacer tu infeliz hermano. ¡Ah, si yo hubiera tenido entonces un poco más de carácter y no me hubiera dejado vencer de ciertas debilidades!... En fin, ya no tiene remedio. Lo mejor es que tu madre te mira ya con buenos ojos... ¡Pues podía no! ¡Caramba, cómo te vas

redondeando, y qué guapísima estás! Vaya, que da gusto mirarte. ¡Chica más precoz y más!... Mira, cuando entras por esas puertas, parece que asoma la primavera y que cantan los pajaritos en esta casa. ¡Si me sabrán á gloria tus visitas! ¡Dios te lo pague, hija mía!

Y cuando llegaba aquí, lloraba el pobre anciano, daba á su nieta un sonoro beso en la frente; y después, casi siempre la hacía un regalo. Ella le entretenía hasta hacerle reír con el relato de sus travesuras de colegiala, ó con el de los recursos á que apelaba para templar la iracundia de su hermano, cada vez que, por obra de caridad, se acercaba á él; y así llegaba la hora de marcharse. Dábale el abuelo otro beso, recomendándola de nuevo que no echara en olvido sus advertencias; y entonces caía ella en la cuenta de que, á pesar de lo sanas que eran, por un oído le entraban y por otro le salían.

En una de estas ocasiones, ó porque el abuelo se espontaneara algo más, ó porque fueran más vivas las tentaciones de la curiosidad de su nieta, díjole ésta en crudo:

—Quiero saber lo que usted piensa de esas cosas de mamá. ¿Por qué me trataba antes tan mal, y me contempla y mimra tanto ahora?

El abuelo, como quien se desprende de algo que molesta, respondió al punto y sin titubear:

—Primeramente, tu madre está deseando que se le muera el hijo, porque la da demasiado que hacer y cada día le ve más enclenque, más feo y más

imposible; y ella no soporta hijos así, ni para eso.

—Corriente; pero bien podía hallar insoportable á mi hermano, y no quererme á mí tampoco.

—A tí, chiquilla, no te quiere ni pizca... lo que se llama *querer* cuando se trata de otra clase de madres. Lo que hay es que la haces falta: á su edad y con sus males, ya no puede esperar hijo más de su gusto, como cuando nació tu hermano; y como eres hermosa y expansiva y discreta, y prometes mucho para brillar en la carrera que ella está terminando, ve en tí, con la supuesta obligación de acompañarte, un hermoso pretexto para no retirarse del mundo cuando más enamorada está de él. En fin, que te necesita para pantalla de sus incurables vanidades; y, como cosa suya, cuanto más hermosa sea la pantalla, mayor es su deseo de lucirla. Si fueras fea y tonta, antes se retiraría ella del mundo que presentarse contigo en él. Por algo así desea que tu hermano se las líe cuanto antes.

—Triste sería eso, abuelito, si usted no se equivocara.

—Pues te aseguro que no me equivoco.

—Sin embargo, papá no está en el mismo caso que mamá, por lo que á mí toca, y tampoco quiere á mi hermano como le quería.

—Tu papá es un majadero á quien nunca le cupieron en la cabeza dos ideas juntas. Desde que dejó de pensar en su hijo; en cuanto se convenció de que no le servía para representar dignamente el papel de *príncipe heredero* de su augusta dinastía,

se enamoró de los papelones de político; y mientras esa farsa le preocupe, no se le dará un rábano ya porque, con el hijo espirante, se os lleven los demonios en una noche á tí y á tu madre... sobre todo, si me llevan á mí también.

Aquí la nieta paralizó la lengua del desengañado abuelo, que tales cosas decía, dándole de pronto un beso en cada mejilla, y despidiéndose luego de él con una zalamería, de expresión tan confusa, que le dejó dudando si era un embuste de su incredulidad despreocupada, ó el disimulo de una pesadumbre.

IV.

Sagrario y Leticia, con un año de práctica en el mundo que aún no conocía su amiga, eran como los pilotos que la enseñaban á cada instante, con el dedo sobre los planos, cuanto le importaba saber de aquellas regiones colmadas de visibles encantos y de tentadores misterios. Ni ella se hartaba de preguntarlas, ni sus amigas se cansaban de responderla, pues si era muy grande la curiosidad de la una, mayor era el apego de las otras al papel de profesoras. ¡Con qué gravedad tan cómica le desempeñaban algunas veces, y qué mezclados solían andar en sus dictámenes el candor y la malicia! De aquellas cosas que eran el tema de sus conversaciones, todavía no conocía Verónica más que lo que había podido columbrar acompañando á su madre, no muchas veces, al paseo, al teatro, ó á tal cual visita ó reunión de confianza, si no con la librea de colegiala precisamente, con todas sus rozaduras frescas sobre el cuerpo, y todas las cortedades, fingimientos y desentonos á que obliga ese desairado carácter de crepúsculo invernal

lo que se ve y se sabe de un espectáculo, mirando por los resquicios de la puerta y oyendo los rumores del concurso, ó leyendo mal y de prisa los contradictorios relatos de los obligados cronistas: parvidades y probaduras que sólo sirven para estimular y enardecer los apetitos. Sagrario y Leticia, en cambio, habían traspuesto los umbrales, y eran ya espectadoras *de adentro*; más que espectadoras, figuras principales de la gran comedia: les era permitido, una vez en escena, disponer libremente de los recursos propios para aspirar hasta al dominio de ella; mirar á los hombres cara á cara; provocar sus lícitos atrevimientos; poner á prueba la calidad y el temple de sus armas; luchar impetuosas y vencer valerosas, ó sucumbir apasionadas, que este es el fin, más ó menos remoto y á sabiendas, de todos los femeniles empeños en lo mejor de la vida, y á ese solo paradero se va por donde las mujeres andan, cargado el cuerpo de lujo y el alma de tempestades... en fin, tocar y palpar las realidades de los sueños de la colegiala y de sus entusiasmos de recién llegada á las puertas del mundo.

Bien sabían las maestras con qué ansias aguardaba la neófito á que se las abrieran; y por saberlo tanto, se complacían en aguijonear sus impacencias estremando el color de sus pinturas.

Todo cuanto se prometía, física y moralmente, en las niñas Leticia y Sagrario, quedó sobradamente cumplido en estas dos jovencitas. Leticia era una morena gallarda, correcta, sobria, expre-

siva y dura, así de formas como de palabra; temible en el manejo de ciertos recursos externos, que en una gran parte de las mujeres resultan inofensivos accesorios, y en otras tantas no pasan de simples detalles decorativos de su belleza. Estas cosas, puestas en juego por Leticia, á pesar de sus pocos años, eran todo lo que había que ver. Con tal destreza las concordaba, que del diabólico conjunto resultaba un arma tremenda, algo que llevaba la muerte en sus acometidas y era, al propio tiempo, escudo impenetrable. Cuanto más se la estudiaba, menos se la conocía y mayor era el empeño de conocerla. ¿Era frialdad de espíritu ó fortaleza de razón, la causa determinante de aquella su inalterable serenidad en todos los actos ostensibles de su vida? ¿Era leal en sus amistades, noble en sus inclinaciones, sincera en sus informes, honrada en sus impulsos? Todo se podía creer y de todo se podía dudar, porque todo cabía en ella en opinión de todas sus amigas. Entre los hombres discordaban mucho los pareceres: según las ocasiones y las circunstancias. En lo que convenían unos y otras, era en que Leticia había nacido con el «don de gentes» y en que no era cosa llana predecir hasta dónde podía llegar la «mujer de mundo» formada sobre la base de una joven de aquel carácter y de aquella singular naturaleza.

¡Sagrario!... el ruido, la inquietud, la intemperancia, la vehemencia, la sinceridad, la pasión; el día y la noche, la risa y el llanto. La curiosidad seguía devorándola, y la avidez de impresiones la

consumía. No había asomo de juicio en aquella cabeza rubia que parecía el capricho de un pintor lascivo, ni tacha que poner á la hechicera envoltura de aquel temperamento tempestuoso.

—Ya verás, y verás—decía Leticia, andando Verónica en vísperas de echarse al mundo,—ya verás cómo ese cacareado león no es tan fiero como nos le pintan. Algo impone de pronto su mirada, y cierto respetillo infunden sus bramidos; pero con un poco de serenidad y otro tanto de cierta maña que no ha de faltarte á tí, se le pasa la mano por el lomo y hasta se le pone bozal y se le liman las uñas, como á un falderillo de tres al cuarto.

—Lo mejor es—añadió Sagrario revolviendo un huracán con su abanico,—no tenerle pizca de miedo, aunque ponga en las nubes sus rugidos y te saquen tiras del pellejo sus zarpadas. Así hay lucha, y el triunfo resulta más sabroso. ¿Qué crearás tú que es lo más malo de esta bestia de mil caras? Las mujeres ¡pásmate! Ahí están los rencores, las envidias y el veneno. Esas, esas son las que necesitan látigo y hierro candente: todas, y cada cual por su estilo, son peores. ¡Pero los hombres! mansos, humildísimos borregos que se gobiernan con un hilo de estambre... No me dé Dios mayores enemigos.

—Según y como se los trate,—se atrevió la novicia á replicar á Sagrario, mientras Leticia se sonreía maliciosamente.

—No hay más que un modo de tratarlos, que yo sepa—repuso la rubia con admirable sinceridad:—

10478

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

bien... Pero el caso es que aplicas este mismo procedimiento, generoso y cortés, á las mujeres, y te resulta el efecto contrario; y cuanto mejor te portas con ellas, menos te quieren y más lo disimulan. ¡Si lo sé yo!

—¡Lo sabe! ¡Qué exageraciones!—exclamó aquí Leticia, no sé si por contener á Sagrario, ó por irritar más sus intemperancias geniales.

—¡Exageraciones!—replicó la rubia imitando la voz y los ademanes de su amiga.—¿Por qué? ¿Porque digo lo mismo que estás tú pensando?

—Pero, alma de Dios—repuso la otra,—si aún no hemos cumplido los veinte años, y no hace uno que andamos por el mundo, ¿cómo hemos de conocerle con tantos pelos y señales? ¿Qué sabes tú todavía cuál es bueno ni cuál es malo, tratándose de hombres y de mujeres?

—¡Mucho, muchísimo!—exclamó Sagrario en un arranque de cómica solemnidad.—Y dejemos á un lado los hombres, por ahora, que son unos infelices que no se meten con nadie; ¡pero las mujeres!... ¿Piensas que soy sorda? ¿Tiénesme por ciega? ¿Lo eres tú, por si acaso? ¿Y tantos años se necesitan, andando entre ellas, para observar cuándo sus besos son de Judas, y puñaladas sus sonrisas?... Mira, *Beronic* (la llamaban todos así, en francés, como la habían llamado en el colegio, por quitar el saborcillo sainetesco que tenía su nombre pronunciado en español), y no te lo digo por meterte miedo, sino por todo lo contrario: porque sepa que, providencialmente y porque no aburran

por llanos los salones, hay esas escabrosidades en ellos; lo que pasa es esto... y tenlo presente para que no te acongoje al otro día la sorpresa del hallazgo: por llegar, te comerán todas con los ojos; algunas te llenarán los oídos de lisonjas; otras, la cara de besos; tú estarás ruborosa, algo trabada con los estorbos de los elegantes arreos que nunca has arrastrado, y el flamear de los honores con que te reciben en el gran mundo los veteranos de él; pues porque te turbas, porque te trabas y, sobre todo, porque estás hermosa, te morderán las que te besan, las que te adulan y las que te miran: las unas con la lengua, las otras con los ojos; y si no fueras bonita, por todos estos pecados y por el de ser fea, te morderían lo mismo... ¿Te sonríes, Leticia?... ¡Qué pieza eres! Pues mira, ni siquiera le pido á *Beronic* las albricias del descubrimiento, porque esas cosas las he leído en libros de escarmentados, infinitas veces. Lo que he hecho yo es comprobar el caso sobre el terreno, como ha de comprobarle esta novicia, por torpe que sea de oído y de mirada, siempre que haga la observación con un poco de malicia. ¡Pues si llegas á tener ángel para los hombres, y dan éstos en acudir á tu lado!... De riesgo que sean tus carnes, han de sentir la mordedura de la más blanda de boca.

Leticia soltó aquí la carcajada.

—¿A que te sangran á tí todavía las cicatrices?—la dijo Sagrario, encarándose valientemente con ella.

—¡Si no me río por eso, extremosa!

—Pues, ¿por qué te ríes, prudente?

—Porque en tu afán de abrir los ojos á ésta, vas á concluir por hacerle aborrecible aquello mismo que tratamos de hacerle amable... y que tanto nos gusta á nosotras.

—¡Bah!... ese no es caso de risa.

—¿Lo dudas?

—Es que no lo creo. Te ríes de mis despreocupaciones, como tú llamas á esta claridad que yo gasto, lo mismo en hechos que en dichos. ¡Como tú prefieres el sistema contrario!... Pues mira, yo no me río del tuyo, que te lleva al mismo fin que el mío: cuestión de temperamento y de gustos. Por eso no le predico á ésta las ventajas de tal ó cual camino para ir adonde nosotras vamos: lo mejor es dejar á cada cual que marche por donde más llano lo vea.

—Estamos conformes—dijo Leticia con gran formalidad, probablemente forzada.—Pero sea ó no caso de risa lo del cuadro que pintabas, es lo cierto que tanto puedes recargarle de color, que llegue ésta á mirarle con miedo.

—Por eso mismo—replicó Sagrario, golpeando á la aludida en un hombro con el abanico cerrado,—he comenzado por advertirla que se lo cuento para evitarla la sorpresa del hallazgo de ello; porque ha de saltarle á los ojos, más tarde ó más temprano, eso que yo tengo por uno de los bocadillos más sabrosos de la mesa de nuestro mundo... ¡Caramba, y qué bien salió este parrajejo! ¿Si iré para literata sin notarlo?... Con franqueza, *Bero-*

nic... y perdona tú, Leticia, si hallas algo *shocking* la despreocupación: después del placer de ser codiciada de los hombres de buen gusto, no hay otro que más halague mi vanidad que el ser envidiada y aborrecida de las mujeres elegantes.

Con esta explosión de las ingenuidades de Sagrario, cuatro mordiscos de la lima sorda de Leticia, y media docena de comentarios de la neófitita, no tan cortos de alcance como pudieron creer sus amigas, tomándolos en toda su apariencia, terminó aquella entrevista, que no la enseñó mucho más de lo que ella sabía ó sospechaba.